

de oso el último invierno. Y cuando alzó los ojos todavía volvió a ver una figura del cotillón, allá en el fondo entre las dos puertas que se habían dejado abiertas.

Era aquél un ruido ensordecedor, una refriega confusa en que, en un principio, tan sólo se distinguían voladoras faldas y piernas negras, paseando y dando vueltas. La voz del señor de Saffré gritaba: "¡El Cambio de señoras! ¡el Cambio de señoras!" Y las parejas pasaban en medio de finísimo polvo amarillo; cada caballero, después de haber dado tres o cuatro vueltas de vals, echaba a su dama en brazos del vecino, quien a su vez le lanzaba la suya. La baronesa de Meinhold, en su traje de Esmeralda, caía de manos del conde de Chibray a las de mister Simpson; éste la recogía, saliera lo que saliera, por un hombro, mientras que la punta de sus guantes se deslizaba bajo el corpiño. La condesa Vanska, como una amapola, haciendo sonar sus colgantes de coral, iba de un salto del pecho del señor de Saffré al del duque de Rozán, a quien enlazaba y a quien obligaba a hacer piruetas durante cinco compases, para cogerse en seguida a la cadera de Mr. Simpson, que acababa de lanzar la Esmeralda al director del cotillón. Y las señoras de Teissiere, de Dasle, de Lauwerens, lucían como grandes joyas vivientes, con la rubia palidez del Topacio, el azul celeste de la Turquesa y el ardiente azul del Zafiro, abandonábanse un momento, se cimbrecaban sobre la extendida mano de un valsador; después se separaban de nuevo y se volvían de espaldas o de cara, para recibir en hilera los abrazos de todos los hombres del salón. Entretanto la señora de Espanet, delante de la orquesta, había conseguido coger al paso a la señora de Haffner y se puso a valsar con ella sin quererla soltar. El Oro y la Plata bailaban juntos amorosamente.

Renata se dió cuenta entonces de aquel torbellino de faldas, de aquel pataleo de piernas. Estaba

situada en parte baja y veía la furia con que se movían los pies, el revoltijo de las charoladas botas y de los tobillos blancos. A veces se le figuraba que un viento huracanado iba a levantar los vestidos. Aquellos hombros, aquellos brazos desnudos, aquellas cabelleras que volaban, que se arremolinaban, tan pronto recogidas, como lanzadas y vueltas a coger, en el fondo de aquella galería en donde el vals de la orquesta enloquecía, en donde las rojas tapicerías desmayaban bajo los últimos ardores del baile, parecióronle como la tumultuosa imagen de su propia vida, de sus desnudeces, de sus abandonos. Y experimentaba tal dolor al pensar en que Máximo, para tomar a la corcovada en sus brazos acababa de lanzarla allí, a aquel sitio en que se habían amado, que pensó en arrancar un tallo del Tanghin que le rozaba la mejilla y mascarle hasta la madera. Pero le faltó valor y se quedó ante el arbusto tiritando bajo el abrigo de pieles que sus brazos atraían y oprimían estrechamente, con profundo ademán de aterrorizada vergüenza.

VI

Tres meses más adelante, en una de esas tristes mañanas de primavera que traen a París la obscuridad y la sucia humedad del invierno, Arístides Saccard bajaba del coche en la plaza del Chateau-d'Eau, y se internaba, con otros cuatro señores, en el boquete de demoliciones que abría paso al futuro bulevar del Príncipe Eugenio. Formaban los cinco una comisión de investigación que el jurado de las indemnizaciones enviaba sobre el terreno para justipreciar ciertos inmuebles, cuyos propietarios no habían podido entenderse amigablemente con el Municipio.

Saccard renovaba el afortunado golpe de la calle de la Pepinière. Para que el nombre de su mujer desapareciese por completo, imaginó primero una venta de los terrenos y del café-concierto. Larsonneau cedió la totalidad a un supuesto acreedor. La escritura de venta rezaba la cantidad colosal de tres millones. Aquella cantidad era tan exorbitante que la comisión del Ayuntamiento, cuando el agente de expropiación, en nombre del propietario imaginario, reclamó el precio de compra como indemnización, no quiso nunca conceder más de dos millones quinientos mil francos, a pesar del sordo trabajo del señor Michelin y los alegatos del señor Toutin-Laroche y del barón Gouraud. Saccard esperaba aquel contratiempo, rechazó el ofrecimiento y dejó que el expediente fuese al jurado, del que precisamente formaba parte con el Sr. de Mareuil, por una casualidad a que debía de haber prestado ayuda. Y de esta suerte se vió encargado, con cuatro de sus colegas, de hacer una información sobre sus propios terrenos.

El señor de Mareuil le acompañaba. Entre los otros tres jurados hallábanse un médico que se fumaba un cigarro y a quien importaban un comino los cascotes sobre los cuales tenía que saltar, y dos industriales, de los cuales uno, fabricante de instrumentos de cirugía, había sido en otro tiempo amolador en las calles.

El camino en que se engolfaron aquellos señores era horroroso. El suelo, empapado, habíase convertido en un río de barro, entre las casas demolidas en aquel camino trazado en plena tierra movediza, en donde los carros de transporte se hundían hasta los ejes. A ambos lados había lienzos de pared, agujereados por la piqueta, que permanecían en pie; altas construcciones, con su interior descubierto, dejaban ver sus descoloridas entrañas, dando al viento sus cajas de escaleras vacías, sus habitaciones hendidas, colgantes, semejantes a los des-

trozados cajones de algún grande y feo, mueble. Nada más doloroso que los papeles pintados de aquellas habitaciones, cuadrados amarillos o azules que se iban en jirones, indicando a la altura de cinco o seis pisos, pobres cuartitos, angostos agujeros, en donde tal vez toda la existencia de un hombre había transcurrido. Sobre las dismanteladas paredes, huecos de chimeneas ascendían unos junto a otros, con bruscos ángulos de lúgubre negrura. Una veleta olvidada rechinaba al borde de un techo, mientras que los canalones, medio desprendidos, colgaban cual si fueran pingajos. Y la abertura se dilataba más y más, en medio de aquellas ruinas, semejante a una brecha que el cañón hubiese abierto; el arroyo, apenas indicado aún, lleno de escombros, presentaba montones de tierra, profundos charcos de agua, extendiéndose bajo el cielo gris, en la siniestra palidez del polvo de yeso que caía, y como guarnecida por los enlutados filetes de los negros huecos de las chimeneas.

Aquellos señores con sus botas bien embetunadas, con sus levitas y sombreros de última moda, transmitían una nota especial a aquel paisaje fangoso, de amarillo sucio, por donde tan sólo pasaban pálidos obreros, caballos llenos de barro hasta los lomos y carricoches cuyas maderas desaparecían bajo una costra de polvo. Iban en fila, uno detrás de otro, saltando de piedra en piedra, evitando los charcos de barro movedizo, hundiéndose a veces hasta los tobillos y blasfemando al sacudir los pies. Saccard había hablado de ir a tomar la calle de Charonne, lo que les habría ahorrado tal paseo en aquellas tierras hundidas; pero, por desgracia, tenían que visitar muchos inmuebles en la larga línea del bulevard; la curiosidad les aguijaba y se habían decidido a pasar por en medio de los trabajos. Por otra parte, aquello les interesaba muchísimo. Parábanse a veces en equilibrio sobre un montón de cascote resbalando sobre una senda, al-

zaban la vista y se llamaban unos a otros para indicarse un gran hoyo, un trozo de chimenea suspendido en el aire, una viga caída sobre un techo cercano. Aquel rincón de ciudad destruida, al salir de la calle del Temple, les parecía de lo más chistoso.

—Esto es curioso en verdad—decía el señor de Mareuil.—Mire usted, Saccard, mire usted aquella cocina de allá arriba; allí quedó una vieja sartén colgada sobre el fogón... La veo perfectamente.

Pero el médico, con el cigarro en la boca, se había plantado delante de una casa demolida, de la que tan sólo quedaban las habitaciones de los bajos, llenas de los cascotes de los demás pisos. Un solo lienzo de pared se alzaba sobre el montón de escombros; para echarlo abajo de un solo golpe había sido rodeado de una cuerda, de la que tiraban unos treinta hombres.

—No lo conseguirán—decía el médico.—Tiran demasiado a la izquierda.

Los otros cuatro señores habían vuelto atrás para ver caer la pared. Y los cinco, con la vista fija, conteniendo la respiración, esperaban el derrumbamiento con estremecimientos de gozo. Los obreros aflojaban, después se afirmaban bruscamente y gritaban: "¡Ohe!... ¡iza!"

—No lo conseguirán—repetía el médico.

Después, al cabo de unos segundos de ansiedad:

—¡Ya se mueve, ya se mueve!—dijo alegremente uno de los industriales.

Y cuando el paredón cedió por fin, cayendo con espantoso estruendo y levantando una nube de yeso, aquellos señores se miraron sonriendo; sentíanse admirados. Las levitas se les cubrieron de finísimo polvo, que les dejó blancos brazos y hombros.

Entonces pusiéronse a hablar de los trabajadores, prosiguiendo su prudente marcha a través de los charcos. No abundaban gran cosa los buenos; por lo general eran todos unos holgazanes. unos

despilfarradores, testarudos a más no poder y no soñando más que en la ruina de los patronos. El señor de Mareuil, quien, desde hacía un instante, miraba tembloroso dos pobres diablos encaramados en un techo emprendiéndola a piquetazos con una pared, emitió la idea de que aquellos hombres, sin embargo, demostraban un gran valor. Los demás volvieron a detenerse, levantaron los ojos hacia los demoleedores, encorvados, en equilibrio, y golpeando con todas sus fuerzas; apartaban las piedras con el pie y las miraban tranquilamente destrozarse allá abajo; si sus piquetas diesen en falso, el solo impulso de sus brazos les precipitaría a lo hondo.

—¡Bah! todo es la costumbre—dijo el médico llevándose el cigarro a los labios.—No son más que brutos.

En esto ya habían llegado a uno de los inmuebles que debían de inspeccionar. Desempeñaron su trabajo en un cuarto de hora y prosiguieron su paseo. Poco a poco fueron perdiendo su horror al barro: marchaban por en medio de los charcos, renunciando a la esperanza de preservar sus botas. Así que hubieron pasado la calle de Ménilmontaut, uno de los industriales, el antiguo amolador, mostróse inquieto. Tendía la vista a su alrededor y ya no sabía el barro en que se hallaba. Decía que había vivido por allí, hacía más de treinta años, a su llegada a París, y que tendría un verdadero placer si encontrase aquel sitio. Continuaba huroneando con la mirada, cuando la vista de una casa que la piqueta de los demoleedores había dividido ya por mitad, detúvose en seco en medio del camino. Fijóse en la puerta, en las ventanas, y después señalando con el dedo un lado de la demolición, exclamó en voz alta:

—¡Héla aquí, la conozco!

—¿Qué?—preguntó el médico.

—Mi habitación, ¡pardiez! ¡Es la misma!

Era, en el quinto piso, una reducida habitación,

que debería dar antiguamente a un patio. Una pared ya derribada dejábala al descubierto, desmantelada, destruída ya por uno de sus lados, con su papel de grandes ramas amarillas, del cual un rasgón enorme se agitaba al viento. Veíase aún el hueco de un armario, a la izquierda, tapizado con papel azul, y al otro lado el agujero de una estufa, en donde se encontraba un pedazo de tubo.

La emoción sobrecogía al antiguo obrero.

—Allí pasé cinco años—murmuró.—Las cosas no andaban muy al pelo, que digamos, en aquellos tiempos; pero lo mismo daba, uno era joven... Veán ustedes allí el armario; allí fué donde guardé mis economías, trescientos francos reunidos sueldo a sueldo. Y el hueco de la estufa; aun me acuerdo del día en que lo abrí. El cuarto no tenía chimenea, hacía un frío de mil demonios, tanto más cuanto que no muy a menudo éramos dos.

—Vamos—interrumpió el médico bromeando,—que nadie le pide a usted confidencias. Usted ha hecho de las suyas, como cada hijo de vecino.

—Es mucha verdad—prosiguió ingenuamente el buen hombre.—Todavía me acuerdo de cierta planchadora de la casa de enfrente... Miren ustedes, la cama estaba a la derecha, junto a la ventana... ¡Oh, pobre habitación mía, buena me la han puesto!

Y en verdad estaba triste.

—Vamos, amigo—dijo Saccard—no es ningún mal el que se echen abajo esas viejas casucas. En su lugar van a edificarse hermosas viviendas con piedra de talla... Por ventura ¿habitaría usted todavía semejante zaquizamí? Mientras que ahora podría usted muy bien instalarse en el nuevo bulevar.

—Eso es verdad—contestó de nuevo el fabricante, que pareció consolado.

La comisión investigadora se detuvo todavía en dos inmuebles. El médico se quedaba a la puerta,

fumando y dirigiendo la vista al cielo. Cuando llegaron a la calle de los Amandiers las casas iban viéndose cada vez más diseminadas; tan sólo cruzaban ya grandes cercas, terrenos sin cultivo, en donde se alzaban algunas casuchas medio derribadas. Saccard parecía regocijarse con aquella excursión a través de las ruinas. Acababa de traer a la memoria la comida que en pasados tiempos tuvo con su primera mujer en los cerrillos de Montmartre; acordándose perfectamente haber indicado, con su extendida mano, el corte que dividía a París desde la plaza del Chateau-d'Eau a la barrera del Trono. La realización de aquella lejana predicción le hechizaba. Seguía con la vista el trazado, con alegrías secretas de autor, como si por sí mismo hubiese dado los primeros piquetazos con sus dedos de hierro. E iba saltando los charcos, pensando en que tres millones le esperaban bajo aquellos escombros, al final de aquel río de pingüe fango.

Entretanto aquellos caballeros se creían en el campo. La vía pasaba por medio de jardines, cuyas paredes de cerca habían derribado. Veíanse grandes macizos de lilas en capullo, y los follajes se revestían de color verde claro. Cada uno de aquellos jardines se abría, como un retiro cubierto con la verdura de los arbustos, con su estrecho estanque, una cascada en miniatura, con trozos de pared en donde se veían pintados cuadros de engañifa, bóvedas de verdura en pequeños y azulados fondos de paisaje. Las habitaciones, diseminadas y discretamente ocultas, se asemejaban a pabellones italianos, a templos griegos; el musgo roía el pie de las columnas de argamasa, mientras que las hierbas locas habían resquebrajado la cal de los frontones.

—Esas son casitas—dijo el médico guiñando el ojo.

Mas como vió que aquellos señores no le comprendían, les explicó que los marqueses, en tiempo

de Luis XV, tenían retiros para sus partidas galantes. Aquello estaba de moda.

Y añadió:

—Llamábanlas casitas. Este barrio estaba cuajado de ellas... Muy buenas huelgas se corrieron... ¿eh?

La comisión investigadora había prestado gran atención. A los dos industriales les relucían los ojos, se sonreían y contemplaban con grande interés aquellos jardines, aquellos pabellones a los que ni siquiera habían dado una mirada antes de las explicaciones de su colega. Una gruta les detuvo por largo rato. Mas cuando el médico hubo dicho, al ver una habitación ya empezada a destruir por la piqueta, que reconocía la casita del conde de Savigny, tan célebre por las orgías de aquel noble, toda la comisión dejó el bulevar para ir a visitar las ruinas. Se encaramaron a los escombros y entraron por las ventanas a las piezas del piso bajo; y, como los obreros se habían ido a almorzar, allí se les pasó el tiempo a toda su satisfacción. Permanecieron media hora larga, examinando los rosetones de los techos, las pinturas de encima de las puertas, las molduras deterioradas de aquellos enyesados amarillos por el tiempo. El médico reconstruía la habitación.

—Vean ustedes; esta pieza debe de ser la sala de los festines. Allí, en aquel hueco de la pared, había seguramente un inmenso diván, y no dudo en modo alguno que sobre él había un espejo; aquí tienen ustedes los listones en que se apoyaba... ¡Oh! ¡qué bien sabían gozar de la vida los muy tnanantes!

No se habrían apartado de aquellas viejas piedras que halagaban su curiosidad, si Aristides Saccard, impaciente, no les hubiese dicho riendo:

—Ya pueden ustedes buscar, que lo que es aquellas damas ya no existen... Vamos a nuestros asuntos.

Mas, antes de alejarse, el médico subió a una chimenea para desprender con todo cuidado, con la piqueta, una cabecita de Amorcillo pintada, que se metió en el bolsillo de la levita.

Llegaron por último al término de su excursión. Los antiguos terrenos de la señora de Aubertot eran vastísimos; el café-concierto y el jardín apenas ocupaban la mitad; el resto se veía sembrado de edificios sin importancia. El nuevo bulevar ocupaba aquel gran paralelogramo oblicuamente, lo que había apaciguado uno de los temores de Saccard; estuvo figurándose durante mucho tiempo que tan sólo el café-concierto sería desesquinado. Así era que Larsonneau había recibido orden de levantar el gallo, pues los terrenos anejos de mayor valor, debían cuando menos quintuplicar su importe, y amenazaba al Municipio con servirse de un reciente decreto que autorizaba a los propietarios a no entregar sino el terreno puramente necesario para los trabajos de pública necesidad.

El agente de expropiación fué quien recibió a aquellos señores. Paseólos por el jardín, llevólos a visitar el café-concierto y les enseñó un legajo de papeles enorme. Pero los dos industriales, que habían vuelto a bajar en compañía del médico, le hicieron nuevas preguntas acerca de aquella casita del conde de Savigny, de que tenían llena la imaginación. Escucháronle con la boca abierta, plantados los tres al lado de un juego de tonel. Y les habló de la Pompadour, contándoles los amores de Luis XV, mientras que el señor Mareuil y Saccard continuaban solos la investigación.

—Ya está todo listo—dijo el último volviendo al jardín.—Si ustedes lo tienen a bien, señores, yo me encargaré de redactar el informe.

El fabricante de instrumentos de cirujía ni siquiera llegó a entender; hallábase en plena regencia.

—Y sin embargo, qué tiempos aquellos más divertidos—murmuró.

Luego encontraron un fiacre, calle de Charonne, y se marcharon, llenos de lodo hasta las rodillas, y satisfechos de su paseo como de una partida de campo. En el fiacre la conversación cambió, hablaron de política y dijeron que el emperador hacía grandes cosas. Nunca se había visto nada semejante a lo que acababan de ver. Aquella grande vía tan recta sería soberbia cuando se hubiesen edificado casas.

Fué Saccard quien redactó el informe, y el jurado otorgó tres millones. El especulador atravesaba una situación desesperada y no habría podido esperar ni un mes más. Aquel dinero le salvaba de la ruina y hasta a cuenta del millón que debía al tapicero y al contratista, por el hotel del parque Monceaux. Tapó otros agujeros, lanzóse a nuevas empresas y ensordeció a París con el ruido de aquellos verdaderos escudos que echaba a espuestas en los estantes de su armario de hierro. El río de oro tenía por fin manantial; mas aquello no era todavía una fortuna sólida, encauzada, fluyendo por modo igual y continuo. Saccard, salvado de una crisis, se encontraba miserable con las migajas de sus tres millones; decía ingenuamente que era todavía demasiado pobre y que no se podía detener.

Y el suelo no tardó en volver a crujir bajo sus plantas.

Larsonneau se había portado tan admirablemente en el negocio de Charonne, que Saccard, tras de corta vacilación, llevó su honradez hasta el extremo de darle su diez por ciento y su alboroque de treinta mil francos. El agente de expropiaciones abrió entonces una casa de banca. Cuando su cómplice, con avinagrado acento, le acusaba de ser más rico que él, el guapote de guantes amarillos contestaba riendo:

—Verá usted, querido maestro, usted es un gerifalte para eso de hacer llover monedas de cien sueldos, pero no sabe usted recogerlas.

Madama Sidonia se aprovechó del afortunado golpe de su hermano para pedirle prestados diez mil francos, con los cuales se fué a pasar dos meses a Londres. Volvióse sin un cuarto, y nunca se supo a dónde los diez mil francos habían ido a parar.

—¡Caramba! eso cuesta mucho — contestaba cuando se le hacían preguntas.—He registrado todas las bibliotecas, y tenía tres secretarios para mis investigaciones.

Y cuando se le preguntaba si tenía por último datos exactos sobre sus tres mil millones, empezaba por sonreirse misteriosamente y concluía por murmurar:

—Todos sois unos incrédulos... Nada he encontrado, mas esto no importa. Ya veréis, ya veréis un día.

Sin embargo, no había perdido por completo el tiempo en Inglaterra. Su hermano el ministro se aprovechó de su viaje para encargarle una misión delicada, y cuando estuvo de regreso obtuvo importantes pedidos del ministerio. Aquello fué para ella una nueva encarnación; hacía contratos con el gobierno y se encargaba de todos los abastos imaginables. Vendíale víveres y armas para las tropas, mueblajes para las prefecturas y administraciones públicas, leña para la calefacción de oficinas y museos. El dinero que ganaba no fué parte para decidirla a cambiar sus eternos vestidos negros, ni para alterar su rostro amarillo y quejumbroso. Saccard pensó entonces que ella y no otra era la que en tiempos pasados había visto salir furtivamente de casa de su hermano Eugenio. En todo tiempo debía de haber mantenido secretas relaciones con él, para asuntos de que nadie en el mundo estaba en autos.

En medio de aquellos intereses, de aquellas ar-

dientes ansias que no se podían satisfacer, Renata vivía en la mayor angustia. La tía Isabel había muerto; su hermana, casada, había dejado el hotel Béraud, en donde sólo su padre se sostenía en la solemne obscuridad de las espaciosas habitaciones. En una sola estación acabó Renata con la herencia de su tía. Ahora se había entregado al juego, había dado con un salón en que las damas se sentaban ante el tapete verde hasta las tres de la madrugada, perdiendo centenares de miles de francos cada noche. Quiso probar a dedicarse a la bebida; mas no pudo conseguirlo, por experimentar repugnancias invencibles. Desde que se hubo encontrado sola, entregada a aquella ola mundana que la arrastraba, abandonóse más y más, no sabiendo cómo matar el tiempo. Concluyó por probarlo todo, mas nada la conmovió en el inmenso hastío que la agobiaba. Envejecía, circuíansele los ojos de un tinte azul, se le adelgazaba la nariz, y el gesto de sus labios ofrecía risas bruscas y sin ton ni son. Era aquello el fin de una mujer.

Cuando Máximo se hubo casado con Luisa y cuando ambos jóvenes partieron para Italia, no volvió a inquietarse por su amante, y hasta pareció haberle olvidado por completo. Y cuando al cabo de seis meses Máximo volvió solo, habiendo enterrado a la "jorobada" en el cementerio de una pequeña ciudad de Lombardía, demostróle un odio profundo. Hizo memoria de *Fedra*, acordóse sin duda de aquel amor envenenado, al que había oído a la Ristori prestar sus sollozos. Entonces, para no volver a tropezarse en su casa al joven, para abrir para siempre un abismo de baldón entre el padre y el hijo, Renata obligó a su marido a enterarse del incesto, refiriéndole que el día en que le había sorprendido con Máximo, era él quien la perseguía hacía mucho tiempo, tratando de violentarla. Saccard se sintió horriblemente contrariado ante la insistencia que empleaba su mujer para querer

abrirle los ojos: tuvo que incomodarse con su hijo, dejar de verle. El joven viudo, rico con la dote de su mujer, se fué a vivir a lo soltero a un hotelito de la avenida de la Emperatriz. Había hecho dimisión de su empleo en el consejo de Estado y vivía a sus anchas. Renata saboreó con aquello una de sus postreras satisfacciones. Vengábase, arrojando al rostro de aquellos dos hombres la infamia que habían puesto en ella, y decíase que en lo sucesivo ya no les vería mofarse de su persona, yendo del brazo el uno del otro, como dos amigotes.

En el derrumbamiento de sus amores llegó un momento en que Renata no tuvo ya más que a su doncella a quien amar. Poco a poco había ido sintiendo por Celeste un afecto maternal. Tal vez aquella muchacha, que era cuanto quedaba a su alrededor del amor de Máximo, traía a su memoria horas de goces muertos para siempre. Quizás tan sólo se sentía conmovida por la fidelidad de aquella sirvienta, de aquel honrado corazón, cuya tranquila solicitud nada parecía conmover. Agradecíale en el fondo de sus remordimientos, el haber asistido a sus bochornosos actos, sin abandonarla de repugnancia; traía a su imaginación las abnegaciones, toda una vida de desprendimiento, para llegar a comprender la tranquilidad de la doncella ante el incesto, sus heladas manos, sus cuidados respetuosos y desinteresados. Y sentíase tanto más feliz por su abnegación, cuanto que sabía que era honrada y económica, sin amantes, sin vicios.

A veces, en sus momentos de tristeza, le decía: —Tú serás, hija mía, quien me cerrará los ojos.

Celeste no contestaba y la miraba con especial sonrisa. Una mañana le dijo con toda tranquilidad que se iba, que se marchaba a su pueblo. Renata se puso a temblar, como si la sobreviniese una gran desgracia. Lamentóse en gran manera y la acosó a preguntas. ¿Por qué la abandonaba cuando se entendían tan bien? Y le ofrecía doblarle el salario.

Pero la doncella, a tan bondadosas palabras, decía que no con la mirada, por modo tan apacible como obstinado.

—Mire usted, señora—concluyó por contestar; —aun cuando me ofreciese usted todo el oro del Perú, no permanecería aquí ni una semana más. Usted no me conoce, señora... Ocho años hace que estoy al lado de usted, ¿no es verdad? Pues bien, desde el primer día me dije: "En cuanto haya reunido cinco mil francos, me iré allá; compraré la casa a Lagache y viviré feliz..." Esta es una promesa que me hice, como usted comprende. Y tengo los cinco mil francos desde ayer, en cuanto me hubo usted pagado mi salario.

A Renata se le encogieron las alas del corazón. Veía a Celeste pasar detrás de ella y Máximo, en tanto que se besaban, y veíala siempre con su indiferencia, con su perfecto desprendimiento, pensando en sus cinco mil francos. Todavía trató de disuadirla, aterrada ante el vacío en que iba a vivir, soñando, a pesar de todo, en conservar a su lado a aquella testaruda bestia, que había tenido por abnegada y que tan sólo resultaba egoísta. La otra sonreía y continuaba moviendo la cabeza, murmurando:

—No, no, eso no es posible. Hasta a mi madre me negaría... Comparé dos vacas y pondré tal vez un pequeño comercio de mercería. Entre nosotros eso resulta muy bonito. ¡Ah! ¡ojalá que usted quisiese venir a verme! Mi pueblo está cerca de Caen; ya le dejaré a usted mi dirección.

Entonces Renata no insistió más, y lloró amargamente en cuanto estuvo sola. Al siguiente día, cediendo a un capricho de enferma, quiso acompañar a Celeste a la estación del Oeste en su propio cupé. Dióle una de sus mantas de viaje, hízole un regalo de dinero y se mostró solícita en torno suyo, como una madre cuya hija emprende algún penoso y largo viaje. En el cupé la miraba con los ojos

arrasados de lágrimas. Celeste hablaba y decía lo contenta que se hallaba de irse. Luego, tomando alas, se desahogó y se puso a dar consejos a su ama:

—Yo, señora, no habría emprendido la vida como usted. Muy a menudo me lo he dicho para mi sayo, cuando la encontraba a usted con el señorito Máximo: "¿Es posible que se pierda por tal modo la chaveta por los hombres?" Eso siempre acaba mal... ¡Por mi parte siempre he desconfiado!

Se reía y se retrepaba en el rincón del cupé.

—Mis escudos serían los que habrían tomado el vuelo—proseguía—y hoy mis ojos serían fuentes. Así es que lo mismo era ver un hombre, que armar-me de un mango de escoba. No me he atrevido nunca a decirle a usted nada de esto. Por lo demás todo aquello no me importaba un pepino. Usted era muy libre, y a mí no me tocaba otra cosa que ganar honradamente mi dinero.

En la estación Renata quiso pagar por ella y le tomó clase de primera, y como habían llegado con anticipación, la contuvo estrechándole las manos y repitiéndole:

—Que tengas cuidado y que te traten bien, mi buena Celeste.

Y la muy egoísta se dejaba acariciar. Sentíase feliz viendo los anegados ojos de su señora, con su semblante fresco y sonriente. Renata volvió a hablar de lo pasado; y, bruscamente, la otra exclamó:

—¡Ah! me olvidaba: no le he contado a usted la historia de Bautista, el ayuda de cámara del señor... No le habrán querido decir a usted...

La joven confesó que, en efecto, nada sabía.

—Pues bien, usted hará memoria de sus grandes actitudes de dignidad, de sus miradas desdenosas, usted misma llegaba a hablarme... Todo aquello no era más que comedia... No le gustaban las mujeres y no bajaba a la cocina cuando nos-

otras nos hallábamos allí; y hasta—ahora lo puedo repetir,—decía que el salón ofrecía un aspecto repugnante a causa de los vestidos descotados. ¡Ya lo creo que no le gustaban las mujeres!

Y se inclinó al oído de Renata y la hizo ruborizar, sin que por ello se alterara la honrada placidez de Celeste.

—Cuando el nuevo muchacho de cuadra—continuó—se lo dijo todo al señor, el señor prefirió despedir a Bautista en vez de entregarlo a la justicia. Y parece que tan sucias cosas se venían sucediendo hace años en las cuadras... ¡Y salir con que aquel gran jayán tenía pasión por los caballos! A los palafreneros era a quienes quería.

La campana la interrumpió. Tomó de prisa y corriendo los ocho o diez líos de que no se había querido separar. Dejose besar y se marchó sin volver la cabeza.

Renata se quedó en la estación hasta que se oyó el silbido de la locomotora. Y, cuando el tren hubo partido, desesperada, ya no supo qué hacer; parecía que los días se extendían ante ella vacíos como aquella gran sala, en donde se había quedado sola. Volvió a subir al cupé y dijo al cochero que volviese al hotel; pero en el camino cambió la idea; tuvo miedo de su habitación, del aburrimiento que la esperaba; no se sentía siquiera con valor para subir a cambiar de traje y dar su acostumbrado paseo alrededor del lago. Necesitaba sol y la presencia de la gente.

Ordenó al cochero que se dirigiera al Bosque.

Eran las cuatro. El Bosque se despertaba de la pesada atmósfera de las primeras horas de la tarde. A lo largo de la avenida de la Emperatriz, las humaredas de polvo ascendían, y veíanse a lo lejos las extendidas sábanas de verdura, que limitaban los ribazos de Saint-Cloud y de Suresnes, coronados por los cenicientos vapores del monte Valeria-

no. El sol, que se mantenía aún sobre el horizonte, iba descendiendo y llenaba con polvo de oro los huecos de la hojarasca, iluminaba las altas ramas y cambiaba aquel océano de luz. Pero junto a las fortificaciones, en la avenida del Bosque que conduce al lago, acababan de regar; los carruajes rodaban sobre la obscura tierra, como sobre la lana de una alfombra, en medio de la frescura y del olor a tierra húmeda que se elevaba. A ambos lados, los arbolillos de los sotos, escondían, entre las bajas malezas, la multitud de sus tempranos troncos, perdiéndose en el fondo de una semi-obscuridad verdosa, que los rayos de luz, aquí y allá, cruzaban con fulgores amarillos; y, a medida que se acercaban al lago, las sillas de las aceras eran mayores en número, y las familias sentadas miraban, con rostro reposado y silencioso, el interminable desfile de ruedas. Luego, al llegar a la enercujada, por delante del lago, el espectáculo era deslumbrador; el oblicuo sol hacía de la redondez del agua un gran espejo de bruñida plata, que reflejaba la resplandeciente faz del astro. La vista iba de un lado a otro, y tan sólo se distinguía, a la izquierda, cerca de la orilla, la obscura mancha de la barca de paseo. Las sombrillas de los carruajes se inclinaban, con movimiento suave y uniforme, hacia aquel esplendor, y no volvían a alzarse sino en la avenida, a lo largo de la sábana de agua, que, desde lo alto del ribazo, tomaba entonces las negras tintas de metales rayados por las bruñidoras de oro. A la derecha, los ramilletes de coníferas alineaban sus columnatas, tallos delgados y rectos, cuyos colores de violeta claro iluminaban los resplandores del cielo; a la izquierda las praderas de césped se extendían, anegadas de claridad, semejantes a campos de esmeraldas, hasta el lejano encaje de la puerta de la Muette. Y, aproximándose a la cascada, mientras que por uno de los lados la media luz de los talleres

volvía a aparecer; las islas, a la otra parte del lago, se alzaban en el ambiente azul, con los rayos de sol de sus orillas, con las enérgicas sombras de sus abetos, al pie de los cuales el Chalet parecía un juguete de niño perdido en un rincón de selva virgen. Todo el bosque se estremecía y reía a la luz del sol.

Renata se avergonzó de su cupé, de su traje de seda color castaña, en aquel esplendente día. Echóse un poco atrás, y con las ventanillas abiertas, contemplaba aquel torrente de luz que se derramaba sobre el agua y sobre el bosque. En los recodos de las avenidas distinguía la hilera de ruedas que giraban como estrellas de oro, en una larga extensión de deslumbradores reflejos; las charoladas cajas de los coches, los resplandores de las piezas de cobre y de acero, los vivos colores de los tocados, se alejaban, al trote regular de los caballos, y producían, sobre los horizontes del Bosque, el efecto de una ancha faja movable, un rayo de luz desprendido del cielo, prolongándose y siguiendo las curvas de la calzada. Y en aquel rayo de luz, la joven, entornando los ojos, veía a cada instante destacarse el rubio moño de una mujer, el negro dorso de un caballo y la blanca crin de un alazán. Las redondas e irisadas copas de las sombrillas resplandecían como lunas de metal.

Entonces, en presencia de aquella esplendente claridad, de aquellas inmensas sábanas de sol, pensó en la menuda ceniza del crepúsculo que había visto caer una noche sobre la amarillenta hojarasca. Máximo la acompañaba. Era la época en que el deseo de poseer a aquel muchacho se despertaba en ella. Y volvía a ver las praderas humedecidas por el aire vespertino, los ensombrecidos sotos, las avenidas desiertas. Las hileras de carruajes pasaban con triste rumor a lo largo de las sillas vacías, al paso que ahora el ruido de las ruedas, el trote de los caballos, resonaban como con alegrías de cha-

ranga. Todos sus paseos al Bosque acudieronle entonces a la memoria. Allí había vivido, Máximo había crecido allí, al lado suyo, sobre los almohadones de su coche. Era aquello su jardín. Sorprendiales la lluvia, el sol volvía a atraerles y la noche no siempre les arrojaba de aquel sitio. Paseábanse allí en todo tiempo, saboreaban los aburrimientos y las alegrías de la vida. En el vacío de su ser, en la melancolía que le había ocasionado la partida de Celeste, aquellos recuerdos le producían una alegría amarga. Su corazón decía: ¡No volverán! ¡no volverán! Y quedóse helada al evocar aquel paisaje de invierno, aquel lago congelado y opaco, sobre el que habían patinado; el cielo se ofrecía de color negruzco, la nieve cosía a los árboles encajes blancos, y el cierzo les arrojaba a los ojos y a los labios imperceptible arena.

Entretanto, a la izquierda, en la vía reservada a los caballeros, había conocido al duque de Rozán, al señor de Mussy y al señor de Saffré. Larsonneau había matado a la madre, al presentarle, al vencimiento, los pagarés por ciento cincuenta mil francos firmados por su hijo, y el duque se comía su segundo millón con Blanca Müller, después de haber dejado los primeros quinientos mil francos en manos de Laura de Aurigny. El señor de Mussy, que había dejado la embajada de Inglaterra por la de Italia, habíase hecho galante; dirigía los cotillones con nuevas gracias. En cuanto al señor de Saffré, seguía siendo el escéptico y el vividor más amable del mundo. Renata le vió dirigir su caballo hacia la portezuela del coche de la condesa Vanska, de la que estaba enamorado como un loco, según se decía, desde la noche en que la había visto de Coral, en casa de los Saccard.

Por lo demás, todas aquellas señoras se encontraban allí, la duquesa de Sternich, en su eterno carruaje de ocho muelles; la señora de Lauwerens,